

Unas palabras sobre la segunda edición de este peligroso libro.

Allá por el 1989 me atreví, por fin, a dar a la estampa los cuentos populares eróticos, que había prometido editar aparte de mis *Cuentos al amor de la lumbre* (1983-84). El hecho, sorprendente y casi inaudito, de que tales perlas de la sabiduría popular tirasen siempre por el lado de curas, frailes y monjas, me tenía sumido en una cierta perplejidad. ¿Cómo podía ser que en un país tan beato, tan católico, tan carpetovetónico, las gentes sencillas dieran suelta a su imaginación venusina poniendo al clero en actitudes harto indecorosas, asaz licenciosas y a menudo lujuriosas? No podía ser. No podía..., pero era. Me concedí unos años para seguir investigando el caso, y con eso y otras cosas en las que anduve metido, estos pícaros relatos se fueron quedando a trasmano. Cierta día, mis amigos Javier Repiso y José Manuel Toledo, que andaban con la idea –siempre temeraria- de fundar una editorial, me dijeron si no tendría yo algo por ahí para inaugurar su atrevimiento. Y fue entonces cuando me acordé de los cuentos eróticos. Sin pensármelo dos veces, les hice un arreglo más o menos literario a lo que había ido guardando, y así salió este libro, firme candidato a arder en las hogueras de la nueva Inquisición, esa a la que ya se le van viendo las plumas negras. Otro amigo, Fausto Velásquez, se interesó en buscarle ilustraciones *ad hoc*, para una edición artística limitada, y ahí fue donde Paco Cortijo se explayó. Propenso como él era a la cosa anticlerical, hizo unos aguafuertes, muy fuertes, que hacían temblar las paredes.

Claro que a lo mejor yo no quería publicar este libro. Y no por temor a nada – ni siquiera al Infierno- sino porque pensaba yo para mis adentros que si el pueblo llano y soberano había mantenido estas historias en el secreto de la tertulia campesina, tal vez su modo de existencia fuera ese. Pero, por otro lado, como de la tertulia campesina iba quedando cada vez menos, pues era una pena que estos relatos quedaran a merced del olvido. Y así ocurrió que, por la peripecia editorial aquella, este libro permaneció en una zona semiclandestina de mi producción. Ello le confería un cierto atractivo, más bien morboso, dado lo suelto y atrevido del invento. Pero es verdad que hace tiempo se descatalogó del primer editor, y ya se hacía muy difícil conseguir ejemplares. Así que, bueno es que se reedite, aunque espero de la discreción del público lo necesario para que continúe siendo un tanto secreto, alejado de la curiosidad de los niños y, desde luego, no apto para almas de cántaro. .

A. R. A.

(pedidos del libro a palabrasdelcandil@tierraoral.com)